

## UN PEDAGOGO CORDOBÉS

---

# Don Pedro Alcántara y García

---

**R**ECIENTEMENTE el Ayuntamiento de esta capital tomó el acuerdo de que uno de los grupos escolares de la ciudad llevase en lo sucesivo el nombre de este insigne hijo de Córdoba. La Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes, sensible a todas las glorias cordobesas, noblemente dispuesta a honrar a cuantos se destaquen con vigor en la vida intelectual y moral de nuestra colectividad, dedica unas páginas de su BOLETÍN a esta figura de primera fila en el orden pedagógico, talento glorioso perteneciente a una generación que produjo tantos, que amó a la infancia de su patria con amor hidalgo, como se estiló y se estila en su ciudad natal y que escribió libro tras libro, hasta poder formar con los suyos casi una biblioteca, dedicados siempre a la formación y orientación del magisterio, su segundo amor después de la niñez.

Un retrato ofrendado por el hijo del insigne cordobés al Ayuntamiento de esta capital, para que figure en la escuela que lleva su nombre, nos permite el honor de que nuestro órgano de comunicación con el público intelectual, se avalore con la efigie del gran cerebro que educó con sus libros una legión de maestros, que sugirió con sus palabras las más bellas ideas educativas y que legó con su vida austera y recia de trabajador esforzado una de sus más hermosas lecciones.

### La vida del maestro

Sentimos hace muchos años una admiración honda y sincera por Alcántara y García, y ya hace tiempo que su nombre se presenta con frecuencia a nuestra memoria para que relatemos a la bella ciudad natal del ilustre pedagogo, la obra colosal de este maestro de maestros, de este hombre bueno y ponderado, de este espíritu de extraordinaria elevación que

Córdoba tuvo la honra de ver nacer el 8 de Mayo de 1842, y que nuestra Escuela Normal tuvo el honor singular de contarle entre sus discípulos durante los años de 1860 y 1861.

En esta última fecha se traslada a Madrid, huérfano y teniendo que cumplir sagradas obligaciones familiares, y allí con su pluma fecunda y brillante alcanzó su prestigio indiscutido y desde la Corte levantó con sus obras un recio monumento a la pedagogía universal, y escribió una bella página en la historia de la educación española.

En vano buscaríamos en la vida de este hombre insigne, episodios extraordinarios, que malgastan casi siempre las energías del que los produce y que luego leemos con admiración, con sentimiento o con alegría en las biografías de los hombres selectos.

La existencia de Alcántara es la de un trabajador de extraordinarias facultades, entregado a la labor desde el amanecer hasta que la noche llegaba y con ella la fatiga y el cansancio invencibles. Es la existencia tranquila del hombre que tiene distribuidas todas las horas del día y muchas de las de la noche. Ha sido la suya una vida «más para imitada que para relatada».

Su cultura de solidez perfecta, su conocimiento profundo de la literatura patria, su saber en materia de derecho, su erudición histórica, su preparación filosófica y su admirable saber en materia pedagógica, el dominio de los idiomas, todas las dotes extraordinarias de este cordobés glorioso, abruman al crítico que acaba por preguntarse si es posible que una vida pueda alcanzar para adquirir tantas aptitudes y para profundizar en tan distintos campos.

Y es que la vida entera la dedicó a sembrar la fecunda simiente que el sabio adquirió en su continuo estudio y en su constante meditación. Su vida entera fué la de un maestro que prodiga su pluma y su palabra, sin reservar para sí más que el placer de enseñar a los demás y las amarguras que recogen a menudo los que viviendo demasiado para el ideal, abandonan la propia vida y el bienestar de los seres más queridos.

Uno de los amigos de mayor intimidad del maestro cordobés escribía a los pocos días de su muerte: «Era D. Pedro Alcántara y García un padre apasionado por sus hijos, a los que quería como a su mujer y a sus nietos, con delirio; a la amistad rendía un culto casi exagerado; un publicista honrado y generoso; periodista noble y llano, jamás quería descender al terreno de miserias, puerilidades y personalismos. Era un pensador y un literato, sin petulancias ni ambiciones personales; trabajador incansable, madrugador y laborioso como pocos, de costumbres moderadas, de vida modesta y de trato afabilísimo... Esto era el gran pedagogo español don Pedro Alcántara y García.»

Así fué el hombre y así fué el sabio. Con su simpatía generosa, con su

fino humorismo cordobés, con su cultura eminente, con las dotes de su esclarecido talento y con su conversación seductora cautivó a los hombres de su tiempo y fué amigo entrañable de Giner y de González Serrano, de Cossío y de Labra, de Sardá y de Uña, de Castro y de Bartolomé, de los espíritus más elevados de su época y de los maestros más ilustres que reconocían en él un eminente pedagogo, cuya inmensa labor pregonan sus veinticinco obras, voluminosas en su mayoría y que representan cultura inmensa y esfuerzos titánicos.

De amor nunca entibiado por la infancia, sobre todo por la desvalida, lleno de optimismo fervoroso por la causa de la educación, con fe inquebrantable en los destinos de la patria y dispuesto siempre a defender con su pluma galana de literato castizo al niño, a la escuela o al maestro, llena con su figura casi medio siglo en la producción en materia educativa de nuestra patria.

Falleció Alcántara el 12 de Julio de 1906, y si como ha dicho nuestro Cajal, «sólo merecen la gloria los hombres que mediante la acción inteligente y altruísta embellecieron, mejoraron y esclarecieron el mundo que habitamos,» don Pedro Alcántara y García es acreedor al recuerdo cariñoso de la posteridad porque su existencia entera fué un constante esfuerzo por embellecer y esclarecer los espíritus de los demás y por ennoblecir la vida de todos valiéndose de la formidable palanca de la educación que supo manejar como un titán.

### **Como se ha juzgado a Alcántara**

El nombre de Alcántara y García que ha gozado—y aún goza—de verdadera popularidad entre los maestros, fué siempre pronunciado con respeto por sus más ilustres contemporáneos y con motivo de su muerte las figuras más preclaras de nuestra intelectualidad mostraron su pesar y dedicaron al esclarecido cordobés el homenaje de su pluma.

Don Rafael M.<sup>a</sup> de Labra decía de él y refiriéndose a los recuerdos piadosos que se dedicaron a su muerte, «que significan algo más que un tributo pagado al mérito notorio y a la modestia extraordinaria de un hombre que luchando con todo género de adversidades, no desmayó un instante en su noble empresa de difundir en España los principios y las prácticas de la Pedagogía europea y americana... Esta demostración de cariño es también un homenaje rendido a la entusiasta generación de 1868, que colocó entre los primeros compromisos y los supuestos inexcusables el noble empeño de poner a España dentro del cuadro de las exigencias y representaciones contemporáneas, la redención de nuestro pueblo por medio de un vasto sistema de educación pública y de instrucción primaria que concluya no sólo con los analfabetos, sino con los violentos, los groseros, los fanáticos y los aventureros.»

El que fué ilustre profesor de la Normal Central don Agustín Sardá dice de nuestro pedagogo que «su laboriosidad como escritor es imponderable. Sus libros y las ediciones de casi todos no se pueden contar. Durante el último tercio del siglo XIX han alimentado la mayor parte de la literatura pedagógica española.»

Doña Concepción Sáiz dice del insigne maestro: «Con su Tratado magno de Pedagogía, Alcántara, tan gran lector como fino observador, consiguió aventar añejos prejuicios; inyectar nueva savia en el árbol de nuestra enseñanza, desecado por la rutina; ensanchar horizontes; abrir vías de comunicación que nos facilitasen el comercio intelectual con otros pueblos, y, lo que vale más que todo, despertar en la conciencia del maestro el sentimiento de su deber y de la responsabilidad moral que sobre él pesa, como factor primordial del porvenir de los hombres y de la patria.

«Otros tal vez habrán cumplido obras de más brillo y resonancia; la obra de don Pedro Alcántara y García, como la de todos los modestos y abnegados sembradores de ideas, será, no obstante, más fecunda y duradera, pues irá siempre unida a la dignificación de la escuela española.»

Doña María Carbonell, que tan gloriosa estela de su actividad pedagógica ha dejado en la bella ciudad del Turia, juzga así la labor de Alcántara y García: «Obra fué la suya de sembrador, oculta en el momento y fructífera en el porvenir; labor de minero que socava en la obscuridad para que brille a la luz el metal que penosamente arranca de las entrañas de la tierra. Cuántas ideas sembró en los intelectuales el excelente maestro, y cuántas de las que nos ofreció se han abillantado, pulido y transformado en el mutuo cambiar del pensamiento. Sus obras, apiladas, pueden formar robusta columna y alto basamento de la estatua ideal que en su imaginación le forman sus adeptos. En ellas vemos al pensador, al maestro, al antropólogo y al educador atendiendo al párvulo y al joven, al cuerpo y al alma, al arte y a la moral, a la manera de practicar y a la naturaleza del educando.

«Obra larga, trabajosa y lenta tan provechosa como poco vista, tan útil como mal recompensada. Algo de ello perdura todavía, estableciendo un vínculo misterioso que liga al insigne maestro con los que le amaron y respetaron en vida. La Escuela Moderna ostenta aún en su portada el nombre del fundador, y en su espíritu flota invisible aquella apacibilidad, mesura, tolerancia, alteza de miras y elevación de ideas que caracterizaron a don Pedro de Alcántara y García.» (1)

---

(1) Estas citas han sido tomadas de *La Escuela Moderna*, del número homenaje que esta revista dedicó a su fundador en el primer aniversario de su muerte.

## La obra del escritor

Asombra verdaderamente lo que este hombre de actividad singular ha escrito en los sesenta y cuatro años de su vida. Veinticinco obras de pedagogía, una o dos de literatura y un número inmenso de artículos, primero en la Revista de la Universidad Central, admirable publicación en la que colaboraron con Alcántara y García, Castro, Moreno Nieto, Amador de los Ríos, Simonet, Revilla, de la Fuente, Giner de los Ríos, Azcárate, Soler y Sánchez, Colmeiro, etc., después en la Revista Europea, y por último, en la Escuela Moderna, que él fundó y en cuyas colecciones quedan la prueba indiscutible de su enorme laboriosidad y de su extraordinaria cultura.

De todas sus obras pedagógicas, la más importante es la titulada «Teoría y Práctica de la Educación y de la Enseñanza», que en sus nueve tomos recoge cuanto se sabía, hasta la época en que se escribieron, de los problemas educativos y de sus soluciones reales e ideales. Sus cuatro mil páginas de un castellano verdaderamente modelo, sus notas interesantísimas, su copiosa bibliografía y la claridad y método con que se exponen las doctrinas, hacen de esta obra el esfuerzo de literatura pedagógica más importante de los realizados en nuestra patria.

Desfilan por esta obra magistral todas las teorías y doctrinas, así antiguas como modernas, todos los educadores que han aportado al campo pedagógico ideas o realizaciones originales, todos los ensayos, así españoles como extranjeros, todas las obras que por su importancia han contribuido a constituir la ciencia de educar, y todo ello con sólida sistematización y con las elevadas miras de mejorar la enseñanza española para contribuir al progreso del país.

No esperemos en las obras de Alcántara y García concepciones nuevas, hondas transformaciones en las doctrinas de la educación ni un ideario que por su originalidad dificulte la filiación del pedagogo que lo elabora. Ha realizado nuestro pedagogo un papel que era indispensable en la época en que escribió sus obras fundamentales, el de sistematizador de lo conocido hasta entonces en materia de educación y vulgarizador al mismo tiempo de las doctrinas más abstractas y de los sistemas más difíciles.

Y en eso consiste su originalidad y su personalidad extraordinaria: Sistema y vulgarización, junto con idealidad y amor a la infancia. ¿No son estas cualidades las esenciales para todo educador? En este sentido podemos afirmar que don Pedro Alcántara y García ha sido un grande, un admirable educador lo mismo cuando se dirigía a la clase, reteniendo del hilo de su palabra, a los jóvenes de ambos sexos que seguían sus leccio-

nes de Pedagogía de los párvulos, o de Pedagogía general, que, cuando con la pluma en la mano, recogía informaciones del mundo entero y las presentaba a sus lectores con claridad asombrosa y esmaltadas al mismo tiempo por la rigurosa metodización a que las sometía el espíritu filosófico del admirable maestro.

Un estudio detallado de las ideas pedagógicas de Alcántara y García, de las doctrinas que profesó y de los ideales que sustentó harían este trabajo interminable dada la extensión de la obra literario-pedagógica del insigne cordobés. Tampoco es esta la hora ni el lugar para estudiar debidamente la extraordinaria influencia que el maestro cordobés ha ejercido en la Pedagogía española.

Cojamos, sin embargo, cualquiera de los libros que integran su obra enciclopédica de Pedagogía, el tomo segundo, por ejemplo, uno de los más notables, y al terminar su lectura quedaremos asombrados de la cultura y capacidad pedagógica del autor, sentiremos el influjo de un gran educador en nuestro espíritu, y hasta adivinaremos la tragedia que representa para una vida este afán inquieto y desesperado por inquirir cuanto ocurre en el mundo, en una esfera determinada de la ciencia.

En ese libro en que el maestro trata de un tema que tenía todos sus amores y predilección, la educación del pueblo, hallaremos las características que venimos señalando a Alcántara y García como escritor y maestro. Todos los principios fundamentales sobre los que basamos la escuela primaria, los problemas que suscita, las instituciones que colaboran a realizar su misión, el problema de las Normales, el de la asistencia escolar, el de la enseñanza obligatoria, el de la gratuidad de la educación, etc., etcétera, todos desfilan ante el lector con orden exquisito, con claridades de palabra y de concepto asombrosas, en un lenguaje del más puro sabor castellano y con datos y noticias que harán su lectura interesante y curiosa.

Al tratar de cada punto nos dirá su concepto actual, su valor práctico y científico, su trascendencia y su necesidad. Nos presentará el problema en su fase histórica en otros países y en su aspecto moderno. Nos citará todos los antecedentes que el asunto tiene en nuestro país y los hombres que han contribuido en nuestra patria a practicarlo o resolverlo. Y así, de una manera distinta a la empleada ordinariamente para estudiar la historia de la educación en nuestra patria, Alcántara nos ha dejado historiada una buena parte de la pedagogía española de los tiempos modernos y muy especialmente del siglo XIX.

Y no contento Alcántara con legar al magisterio español su magistral obra de Pedagogía, escribe todavía una infinidad de extensas monografías en que con su habitual documentación presenta los problemas más interesantes de la educación.

Ya es *La educación intuitiva* o compendio admirable de cuanto directa o indirectamente atañe a este potente medio de educación, en cuyo libro se estudian con mano maestra las lecciones de cosas y se dan admirables consejos para su aplicación. Ya es *La enseñanza del trabajo manual*, que constituye, aún en la actualidad, la mejor obra que sobre la materia se ha escrito en nuestro idioma. En unos libros nos ha presentado a *Froebel y sus jardines de la infancia* y en otros, las aplicaciones del método, de ese insigne libertador de la niñez, a las escuelas de párvulos. En otros se ocupa *Del método activo*, al que ha dedicado páginas notabilísimas en las que vaticina la influencia del factor actividad en las escuelas futuras.

Puede decirse que no hay problema pedagógico que no haya recibido el fervoroso aliento de este maestro extraordinario. Nada olvidó de cuanto constituye la médula del proceso de la educación, tanto del sujeto activo de la obra docente como del encargado de dirigirla y encauzarla, así del aspecto material como del ideal, pudiendo afirmarse que no habrá un solo problema pedagógico que no encuentre su solución adecuada en las páginas incalculables escritas por este inolvidable educador.

### **La posición pedagógica del gran educador**

Ya lo hemos dicho anteriormente, no contribuye Alcántara y García a la Pedagogía moderna con un ideario original que venga en cierto modo a romper con la tradición pedagógica y con la experiencia docente de la época. Sería vano empeño y falsa alabanza dirigida al ilustre maestro afirmar que su doctrina conmueve la escuela primaria y lanza la obra educativa por senderos vírgenes y por caminos inexplorados. Nada más antagónico a la modalidad de nuestro compatriota que la doctrina francamente revolucionaria que aspira a conmovier hasta en sus cimientos la organización pedagógica trastornando todo el complejo organismo docente. Nada más contrario al espíritu de este educador moderno que la tendencia a incorporar de golpe los ensayos originales que en otros países se abren paso lentamente apoyándose en una organización casi perfecta de lo que la tradición ha ido laborando y de lo que la Pedagogía ha ido recogiendo como principios incontrovertibles del proceso educativo.

No podía ser de otro modo. Cuando Alcántara y García empieza a escribir sus obras pedagógicas el panorama de nuestra educación nacional era bien triste y desolador. Una educación popular que casi podía decirse incipiente, y de la que están eliminados prácticamente la mayoría de los ciudadanos, un magisterio sin satisfacción colectiva alguna y que entonces empieza a recibir una formación adecuada—muy lejos de ser perfecta—en las Escuelas Normales, unos edificios escolares que proclaman la apatía con que los municipios cumplían sus obligaciones de enseñanza y el esca-

so interés que inspiraba a la opinión el problema de la educación de los futuros ciudadanos... Con este panorama ¿no hubiera sido insensato pensar en transformaciones radicales y en incorporar a nuestro modesto campo pedagógico finalidades profundas y medios francamente revolucionados?

Y este es el caso de Alcántara. Su espíritu inquieto y bien preparado para cuanto se hacía en el extranjero de nuevo y original, se muestra francamente hospitalario a todo ideal generoso, los somete a madura crítica y lo incorpora al ideario de su Pedagogía de una manera discreta haciendo prácticamente la labor del que en los odres viejos echa el caldo nuevo, consiguiendo de este modo incorporar al organismo escolar que mejoró paulatinamente la tradición, la rica savia que desde fines del siglo pasado corre por el campo educativo originada por los ensayos e investigaciones de los nuevos educadores.

De haber vivido Alcántara en estos tiempos hubiera seguido con entusiasmo el movimiento de la nueva Pedagogía extrayendo de las ideas que sustentan los Dewey, los Cousinet, los Decroly, etc., etc., todo aquello que incorporado a nuestras escuelas habría de mejorar la obra educativa y hacer más patente los resultados.

Nos atreveríamos a afirmar que Alcántara y García dentro de su idealismo que consume su vida en anhelos regeneradores mantiene una posición realista, y en ese sentido nada más injusto que el cargo que le han hecho algunos maestros de su generación de ser un teorizante, ya que vive en franco contacto con lo que es la escuela española y con los caracteres y modalidades de nuestros infantiles compatriotas. Afirmaríamos además que Alcántara es prácticamente un pedagogo ecléctico. Con una cierta gallardía se mantiene equidistante de una doctrina definida y sin embargo a todas presta calor y cordial acogida quedándose con lo que conceptúa mejor de cada una de ellas.

El punto de vista nos parece admirable si se tiene en cuenta lo que anteponemos acerca de nuestra realidad escolar muy mejorada hoy día, pero con el lastre pesado que todos conocemos y que no permite todavía los elevados vuelos que alcanzan los ensayos pedagógicos en otros países.

Alcántara fué liberal de ideología, así en lo político como en lo pedagógico, religioso pero muy tolerante, defendió la espontaneidad del niño, su libertad, su derecho a la felicidad y soñó con levantar por la cultura los espíritus elevando a los hombres a un nivel que habría de dignificarlos.

Fué entusiasta de la intuición, enemigo del memorismo, partidario de la actividad en la educación, fervoroso de la educación del carácter, intransigente con la inmoralidad y supo compenetrarse con el espíritu de los más grandes educadores cuyas doctrinas vulgarizó y hasta mejoró en la vulgarización.



Froebel ha tenido en Alcántara y García uno de sus mejores vulgarizadores; Pestalozzi uno de sus interpretadores más felices; los pedagogos y moralistas franceses de más fama un lector documentadísimo y un crítico sereno y generoso. Y por último los pedagogos españoles anteriores a Alcántara tuvieron con su admiración el cálido entusiasmo de este ilustre compañero y compatriota.

Toda la vida de Alcántara ha sido un ejemplo de trabajo y austeridad. Rodeado de los hombres eminentes de una generación valiosa y de admirables fervores es seguro que en más de un momento recordaría la Córdoba de su infancia, la bella Córdoba que en cada rincón de sus calles evocadoras guarda una tradición y en cada piedra un recuerdo, la Córdoba de antaño en la que todavía con más claridad que al presente se marcarían tres cualidades que le dan su personalidad única y definida, la serenidad, la austeridad y la belleza, tres cualidades que tienen su representación en el cordobés insigne que se llamó don Pedro de Alcántara y García y Navarro.

ANTONIO GIL MUÑIZ.